

# Gestionar la basura

MANUEL MOLINA BOIX  
Médico

Durante siglos, el entorno natural sirvió como receptáculo último de estas materias, con las deplorables consecuencias sanitarias derivadas



El escenario resulta sobradamente conocido –y, lo que es peor, perfectamente previsible– cuando a últimas horas de celebraciones multitudinarias, calles, plazas, jardines y espacios que deberían preservarse aparecen cubiertos por toda clase de porquería, botellas, plásticos, papeles y, a partir de ahí, cuanta suciedad quepa imaginar. No solo es el impacto visual desolador, también el olfato acusa la agresión, aspirando con fruición efluvios de aromas amoniacales, y otros. En menor medida una negligencia aplicable, en zonas concretas, con botellones los fines de semana. Esta imagen lamentable supone un reto mayúsculo para los encargados de devolver el entramado urbano a su estado de limpieza. En todo caso, es de obligación reconocer la diligencia – casi siempre invisible y, sin embargo, imprescindible– de los encargados de esta tarea de la vía pública, en su esfuerzo por restituir la apariencia de normalidad. Sin embargo, no conviene eludir la cuestión principal, porque, en el fondo, el problema no reside en limpiar más, sino en ensuciar menos. Y ahí es donde la conciencia cívica muestra sus carencias más evidentes. Incluso aplicable a la recogida diaria de basuras, puesto que el aspecto ciudadano mejoraría con gestos mínimos, como utilizar las numerosas papeleras disponibles, o depositar las bolsas en el horario establecido y, en especial, en el interior de los contenedores, con un sencillo movimiento mecánico. Se trata de procurar con civismo, urbanidad y mesura –grandes palabras– evitar que el espacio público, común y compartido, degenera durante horas en un estercero visual y aromáticamente penoso.

La gestión de los residuos urbanos es uno

de los principales desafíos de las sociedades contemporáneas. Como señalaba un notable reportaje reciente de La Verdad, poniendo cifras a esta realidad cotidiana, destacaba la enorme cantidad de toneladas de desechos que se generan a diario, así como los esfuerzos destinados a su tratamiento y su posible reutilización bajo criterios de economía circular. El análisis apuntaba, además, en una dirección menos complaciente, como la dificultad de convertir el reciclaje en un proceso eficaz y generalizado. Porque dista mucho de ser un proceso fácil, comenzando por la correcta separación inicial –indispensable para cualquier gestión posterior– no siempre realizada de manera adecuada. A ello se suman las limitaciones técnicas posteriores, la complejidad de los materiales y los costes asociados.

No es un problema nuevo qué hacer con lo sobrante, aunque sí lo es su enorme dimensión actual, en una sociedad moderna caracterizada por el consumo intenso y acelerado, generador de cantidades crecientes de objetos destinados a convertirse en desecho en breve plazo. Junto a ello, está la gestión de las excretas derivadas de las funciones fisiológicas del cuerpo humano, como la orina o las heces cuya eliminación ha representado históricamente un desafío esencial para la salud pública. Durante siglos el entorno natural sirvió como receptáculo último de estas materias, con las deplorables consecuencias sanitarias derivadas. Hasta la introducción, a lo largo de la historia, de soluciones técnicas plenamente integradas para expulsar las inmundicias, como los sistemas de cloacas, alcantarillas, o dispositivos sanitarios del mundo clásico, documentados en numerosas excavaciones arqueológicas que aún maravillan como modelo de esta reconoci-

ble finalidad social. Mucho más recientes son las disposiciones legales relativas a prohibiciones como escupir en la calle, o el eufemismo de hacer “aguas mayores o menores” bajo amenaza de sanción.

En los últimos siglos, las urbes, con su crecimiento desmesurado por el éxodo de grandes masas de población desde núcleos rurales hacia las ciudades se ha magnificado la dimensión del problema, convertido en quebradero de cabeza para los responsables públicos. En un ejercicio difícil de conseguir que a todos satisfaga, están a la orden del día los vertidos incontrolados en parajes prohibidos, o las molestias de los contenedores en las calles, necesarios, sí, pero, lejos de mi casa, en una imposible cuadratura del círculo sobre cómo hacerlos invisibles y mantener su insustituible función.

De tal forma que el reciclaje de las basuras no debe enfocarse solamente como una cuestión técnica o administrativa, como incrementar la frecuencia de recogida o ampliar las plantillas, alivio, pero no solución de la causa. Es, ante todo, un reflejo del compromiso ciudadano, que remite a la responsabilidad individual, pequeñas cesiones en beneficio del conjunto. Tal vez el ideal de una forma de convivencia respetuosa con el medio urbano se perciba como una aspiración relegada, una vez más, al ámbito utópico de las buenas intenciones, cuando debería constituir una actitud vital básica, de cumplir con exigencia kantiana, simplemente por hacerlo bien, sin más. Porque la urbanidad no es solo una idea estética, expresiva de buena educación, sino condición indispensable para que el progreso no acabe por sepultarnos bajo el peso creciente de nuestros propios desechos.

incalculable precio.

Un lugar tan espectacular como turístico ha de tener también sus carencias humanas: madrugar absurdamente para aprovechar cinco visitas mal vistas en vez de tres provechosas, soportar los olores de extraños guisotes antes de llegar en tu lenta fila al lugar de tu croissant con café, excusar los pisotones de muchedumbres presurosas que nunca miran al suelo, olvidarse del ansiado aperitivo con su tapita a la hora del almuerzo, acostarse con la sensación de dormir en una burbuja,... son gajes del oficio turístico que, por comprensibles y asumidos, no enfadan a quien procede de un Estado del bienestar. No obstante, otras carencias ya sí rozan lo incomprensible: resistir el acoso de pobrecitos en edad escolar insistiendo en que les des un euro por cualquier baratija, olvidarse del paseo por los alrededores del hotel dadas la inseguridad y suciedad reinantes, sentir al amanecer unos tras-

tornos estomacales de rapidísima evacuación,... son inconvenientes de la miseria y la pobreza que sobrepasan lo comprensible en esta Tierra tan aparentemente avanzada hoy día. Pero tuvo que ocurrir lo que, por aberrante e inconcebible, no cabe ya en ninguna cabeza, pues nadie es capaz de asimilar el caos. Y no me refiero al famoso caos del tráfico en El Cairo (que, curiosamente, no permite ver un solo accidente).

El caos ocurrió en el aeropuerto. Tras cinco horas de vuelo, en pleno mediodía, tuvimos que sufrir una hora de cola serpenteante para lo del pasaporte. Nuestra recogida de maletas tenía el número equivocado, por lo que al cuarto de hora captamos que podría tratarse de la cinta transportadora de al lado, lo que nos hizo perder otra media hora viendo cómo nadie cogía una sola maleta pese a que todas pasaron ante nuestros ojos cinco veces. Ante tal situación, alguien tuvo la osadía de pedir ayuda a un oficial allí sentado, pero le dijeron

que eso ocurría todos los días. De pronto, y ya al límite de nuestro asombro, alguien avisó de que nuestras maletas estaban todas tiradas por el suelo a unos 50 metros. Allí que llegamos corriendo y, tras recogerlas saltando trabajosamente por encima de la cinta, que correspondía a otro vuelo, pasamos de nuevo junto al mismo agente y le solicitamos información para recoger hojas de reclamación y denunciar lo sucedido, pero nos dijo –nuevamente sin inmutarse– que a lo mejor tenían allí al final papeles de esos. Y así, tras dos horas en tierra, nos fuimos impotentes.

Se me olvidó decir que el aeropuerto no era el de El Cairo, a la ida, sino el de Madrid, a la vuelta. Perdónese esa pequeña confusión tercermundista.

JUAN PEDRO RODRÍGUEZ

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores

[cartasdirector@laverdad.es](mailto:cartasdirector@laverdad.es)

## Verborrea

Hay muchos casos de políticos verborreicos que se tropiecan con las palabras o que construyen frases correctas pero sin ninguna lógica

TERCER MILENIO  
ANTONIO PARRA



Hay una película que posee un encanto especial, aunque es un musical de finales de los años cincuenta a mayor gloria de Lilián de Celis, entonces muy popular. El filme se llama ‘Aquellos tiempos del cuplé’, y recrea el ambiente y los estilos cupleteros de principios del siglo XX. Por cierto, aquí la cantante populariza un cuplé de los años veinte: La chica del 17.

«¿Dónde se mete la chica del 17? ¿De dónde saca ‘pa’ tanto como destaca?»

En esta película hay una escena genial. Liberales y Conservadores andaban a la greña y disputándose los votos. Y entonces irrumpe una nueva formación política: el partido Oposicional, que no es conservador ni liberal, bueno, es liberal pero liberal, conservador, pero no conservador, solo conservador..., es el partido de todos: conservadores, liberales, anarquistas... Se opone al Gobierno y a la oposición, a todo. Los otros partidos ven que peligran las próximas elecciones y le ofrecen una cartera ministerial para así desactivarlo. La maniobra funciona.

Durante un mitin del nuevo partido, el líder Oposicional anda soltando su verborrea absurda y sin sentido. El público lo jalea y lo aplaude entusiasmado. La protagonista del filme, que escucha el discurso, comenta a su amiga: ¡Qué éxito! ¿Pero la gente entiende algo?

Y la amiga contesta: «No, pero eso en política es un mérito, una ventaja». Es decir, que la gente piensa que si no entiende nada es porque lo que está diciendo debe ser interesante. Eso no ocurre solo en política, no crean, pasa también en otros ámbitos, por ejemplo, en filosofía.

Hay muchos casos a lo Groucho Marx, pero con menos gracia, de políticos verborreicos que se tropiecan con las palabras o que construyen frases gramaticalmente correctas pero sin ninguna lógica o sin sentido. Trumps es un ejemplo ‘superior’, alguien que gobierna el país más poderoso de la tierra, al tiempo que des gobierna el mundo. Pero lo han votado, aunque espero que cuanto antes lo boten, con b. Es un malhechor social, un sociópata, un loco, pero además es un personaje ridículo y con cerebro de gorrión.

Estos tipos, además de tener votantes dolarizados, interesados, y a otros de la América profunda y del evangelismo extremo y/o, además de todo eso, gozan de una moda temporal. Sí, una moda pasajera, aunque ahora parezca que se acaba el mundo. En España, con menos impacto, tenemos varios ejemplos, pero ahora se me acaba el espacio, así que basta por hoy de verborrea.